# PAULA

## Una resistencia silenciosa

# PAULA

*Una resistencia silenciosa*

*Paulino Bravo*

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: junio 2026

Depósito legal: SE 2336-2026

ISBN: 979-13-7060-193-5

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Paulino Bravo

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Ilustración de portada: Sara Mogollón

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

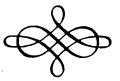
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

A los herederos de Paula,
para que nunca olvidéis que en vuestra sangre
late la fuerza serena de quien resistió sin hacer ruido
y amó sin rendirse.

Para ti, Nuria, mi compañera, mi Paula particular,
que haces del amor un refugio y de la fortaleza un gesto cotidiano.
Gracias por animarme a emprender esta aventura y por estar a mi lado en el camino.

«A las que se vieron obligadas a guardar silencio».
Dulce Chacón. *La voz dormida*



Todo silencio envuelve un mensaje. En mi familia, se fue delegando con sigilo, como quien traslada una pompa de jabón entre las manos. Un secreto murmurado en la penumbra, un susurro al oído del tiempo. Y así, envuelto en los pliegues de la historia, llegó hasta mí. Ahora soy guardiana y portadora de la voz sometida, de la resistencia silente de una mujer. Mi abuela. **PAULA**.

## *Madrid, 14 de abril de 2008*

Hoy es lunes, 14 de abril de 2008. Son las siete y media de la tarde. El Palacio de Congresos de IFEMA es un vasto vientre de sombras. Ante mí, muy cerca, apuntándome a los labios, un delgado micrófono negro en el que se acaba de encender un piloto rojo. Más allá, en la oscuridad, cientos de ojos me observan. Sé que están ahí porque, hace apenas dos minutos, su ovación irrumpió como una estruendosa tormenta.

Soy Paula. Connors, por matrimonio. Bravo, de soltera. Española de cuna, inglesa por decisión y circunstancia. Hispanista, doctora en Filología Hispánica, catedrática de Historia Contemporánea de España. Doy clases en la University College London. Autora del libro *Paula, una resistencia silenciosa*. Mi esposo, Patrick, es irlandés. Juntos tuvimos dos hijas: Paula y Ángela. Están aquí, invisibles en la penumbra de las butacas. Los tres vinieron conmigo desde Londres para este evento: el cierre de las Jornadas «Revisión y Memoria: la mujer republicana durante la dictadura franquista».

El silencio de la sala no es absoluto. Lo rasgan, desde distintos puntos, tímidas toses y carraspeos. Tomo el vaso de cristal que descansa a mi derecha y humedezco mis labios. No por sed, sino para templar mi voz. Cierro los ojos y, en un diálogo íntimo, hablo con mi otro yo. «Es tu momento, abuela», le susurro a esa sombra que habita en mí, la que sostiene mis principios, mi conciencia, mi compromiso.

Respiro hondo, abro los ojos y disparo:

—La Memoria me lleva a…

# Alía, mediados de abril de 1931



# PRIMERA PARTE

## Esperanza

# CAPÍTULO 1

## *Abril, 1931*

*Las elecciones municipales del 12 de abril se terminaron convirtiendo en un referéndum sobre monarquía o república. La victoria de los partidos republicanos en esas elecciones llevó a que el 14 de abril se proclamara la Segunda República en España.*

—Paula, ¿me has oído lo que te he dicho? —La voz de su madre irrumpió en la estancia donde su hija se cepillaba el pelo frente a un espejo—. ¿Me has oído?

—¡Sí!, ¡sí! ¡Te he oído! Siempre igual… —respondió deteniendo el cepillo en seco, pero sin dejar de mirar el reflejo de su cara en el cristal.

—¡Cállate! Si tu padre te dice a las diez en casa, tú, a las diez en casa.

Paula suspiró con un gesto de resignación.

—Que sí, que sí. Siempre lo que él diga. ¡Tengo veinte años! ¡No soy una niña!

—¡Qué te calles! —inquirió su madre entre dientes apretados y dando unos pasos hacia ella—. Y ponte una chaqueta. No salgas así a la calle que estamos en primavera.

—¿Algo más? —respondió Paula sin dejar de deslizar el cepillo a la altura de la nuca y girándose hacia su madre.

—De verdad, hija, contigo es imposible. Tú quieres que tu padre se enfade y te prohíba salir.

—Mi padre ya vive enfadado toda la vida. Tú lo debes saber mejor que yo.

—A mí no me contestes así —replicó la madre a la vez que levantó su amenazante mano derecha.

Apenas cinco minutos más tarde, Paula, tirando de la aldaba de la parte superior, cerró la puerta tras de sí. En su mano izquierda, una fina chaqueta beige colgaba, estrangulada entre sus dedos.

Las campanas de la iglesia de Santa Catalina tañían para la misa de las seis cuando se encontró con sus amigas en el mismo sitio de siempre. Un rincón de complicidad, ideal para retocarse unas a otras: desabrochar un botón, capturar un rebelde mechón, aplicar un trazo más de carmín.

Cristina, la más audaz del grupo, alzó la voz con picardía:

—¿Sabéis por qué los curas se quitan las sotanas y se ponen pantalones? —Hizo una pausa para dar suspense—. Para correr más.

Las risas de Felisa y Leandra estallaron como chispas. Paula, sin apartar su atención del pequeño espejo de mano, apenas curvó los labios.

—¿No te ha hecho gracia? O es que no has «pillado» el chiste —inquirió Cristina.

—Sí, lo he entendido —respondió, frotando los labios para repartir mejor el color.

—Vamos, hija. No te pongas así. Deberías estar agradecida —insistió Cristina—. Ya no podrán obligarte a escuchar sermones todos los domingos.

—Si tú lo dices…

Cristina la rodeó con un brazo y le besó la mejilla con ternura.

—Mi niña… si es que te tienen mal criada.

Paula sonrió con nostalgia. En su casa, nunca había espacio para la ternura. En su casa, el amor se escondía detrás de la disciplina. Paula no encajaba ni en la obediencia que le exigían sus padres, ni en la rebeldía que esperaban de ella sus amigas.

Como la mirada que reta sin pestañear, el bar de Vitoriano llevaba toda una vida desafiando con sus grandes ventanas al ayuntamiento. Una gran puerta de doble hoja, del mismo color verde de las botellas y las garrafas que guardaban el vino, se tragaba cada día a una clientela muy particular: republicanos, sindicalistas y gentes de todo el arco político de izquierdas. Ni el más viejo de los habitantes del pueblo había nacido cuando el primer parroquiano cruzó su umbral, una histórica piedra granítica de color grisáceo que fue desgastando las suelas de varias generaciones. Y es que el escalón del bar de Vitoriano podía ser uno de los vestigios más antiguos que conformaban la historia del pueblo, incluidos todos los que dormían en la iglesia. Si no el más antiguo, sí el más pisoteado.

Cristina, plantada encima de la histórica piedra, irrumpió esa tarde con el puño en alto:

—¡Viva la República!

Un rugido de voces masculinas respondió desde la proximidad de la barra:

—¡Viva!

Paula tiene veinte años. Su pálida piel contrasta con el negro de su cabello. Sus ojos, dorados como la miel recién castrada, parecen contener un brillo de nostalgia y desafío. Una nariz afilada y unos pómulos marcados enmarcan su rostro, mientras que sus

gruesos labios resguardan palabras que rara vez son pronunciadas sin antes haber sido pensadas. Es la segunda de las hijas de cuatro hermanos, tres chicas y un chico, Elías, el mayor. Desde niña, ha sentido que su hogar no era un refugio, sino un escenario donde su papel nunca estuvo claro.

Rebelde para su madre. Insolente para su padre. Y, sin embargo, en su grupo de amigas, la prudencia y la mesura la hacían parecer la más recatada.

Para su padre, sus amistades eran las culpables de su mal comportamiento. Para sus amigas, era su familia la que la mantenía prisionera. Dos mundos en disputa. En el primero, Paula luchaba por escapar; en el segundo, por encajar.

Sus padres no eran ni ricos ni pobres. Podemos decir que tenían una vida acomodada. A diferencia de la mayoría de las gentes del pueblo, en su casa los ingresos estaban garantizados. Jamás les preocupó una sequía, una tormenta de granizo o el incendio que pudiera arrasar una cosecha. Él, Honorio, «heredero del mayorazgo» como funcionario en el Ayuntamiento del pueblo, se sentaba en el mismo sillón en el que se sentó su padre una vida laboral antes. Era un hombre de normas inquebrantables. Un servidor de principios heredados, devoto de la rectitud y la reputación. «Como decía mi padre…», repetía, con el peso de una tradición que no admite preguntas. Paula, en cambio, no se dejaba amoldar. Lo que él veía como virtud, ella lo encontraba sofocante. Lo que él llamaba respeto, ella lo sentía como sumisión. El mayor ideal de su padre: la reputación. Un «servidor» de sus superiores. Clasista en toda su dimensión. Admirador de los que estaban arriba y detractor e indiferente con los que estaban por debajo. Y esa cara al exterior, que permanentemente proyectaba bajo la obsesión por ser recto y correcto, se la exigía al resto de la familia. El nudo de ese corsé con el que oprimió a sus hijos lo ató a conciencia.

Dorotea, su madre, era la calma en la tormenta. Pero no porque desafiara al viento, sino porque aprendió a moverse con él. Su rol era mitigar, suavizar, hacer llevaderas las decisiones de Honorio sin alterarlas. Paula, en cambio, se rebelaba contra esa tibieza. «Siempre me regañas a mí», solía decirle de niña. «A mis hermanos nunca les dices nada».

Fue con su madre con la que más desencuentros tuvo. Quizá porque con su padre lo que no hubo fue un encuentro. Su madre hacía cumplir la ley que su padre dictaba. Era el brazo ejecutor de los principios de Honorio. Él no se manchaba las manos, solamente actuaba en las situaciones límite. Era el poder en la sombra.

Dorotea controlaba todo para evitar revueltas que provocaran el despertar del monstruo y, con ello, el endurecimiento del régimen. Pasaba revista a todos los hijos cada vez que salían de fiesta. Con un silencio, y tras una revisión que iba desde el pelo hasta los zapatos, daba la aceptación de si su aspecto era correcto para salir a la calle. Si Paula pretendía salir un día con un lado del pelo recogido y el otro no, al pasar por el control, su madre sacaba una horquilla (siempre llevaba por lo menos una horquilla en el bolsillo del delantal) y se la colocaba donde «faltaba». Su madre no preguntaba. Salía con un botón de más desabrochado, ella, a la vez que le decía «pásatelo muy bien», se lo abrochaba.

Lo que hubiera debido ser motivo de felicidad e ilusión, como acudir a la modista para que confeccionara un nuevo vestido, se convertía en una guerra garantizada. Un día era el largo de la falda. La mano de Paula dos dedos justo por debajo de la rodilla. La mano de su madre cuatro dedos por encima del tobillo. Otro día era la pronunciación del escote. Aquí se cambiaban las reivindicaciones. Ahora Paula bajaba la mano y su madre la subía. «Sara, por aquí». «No le hagas caso, Sara. Por aquí». «Pues yo este vestido no me lo voy a poner». «Pues se lo pone tu hermana». Unos

combates con una espectadora atónita, la costurera, que miraba a una y otra como si fueran el principio y el fin del recorrido de un péndulo. Normal que Sara, cada vez que iban madre e hija a su casa, les preguntara si tenían claro cómo querían el vestido. Las mismas discusiones con la métrica y el diseño se las llevaban las dos a la zapatería y a la peluquería. Todas las conversaciones entre madre e hija se resumían en un «esto no me gusta» (Paula) y un «pues esto es lo que hay» (Dorotea).

En casa, no había miradas cómplices. No había abrazos espontáneos. Había silencio, órdenes, rutinas inquebrantables. Pero hubo un oasis en su infancia. Un rincón donde la libertad se escondía entre páginas amarillentas y palabras eternas: la casa de su abuela María.

Abuela María fue su faro. Su aliada en la guerra silenciosa contra las reglas del hogar. Su cómplice en la clandestinidad de los sueños. La que la vistió de literatura y le enseñó que la vida también podía escribirse. En las páginas de *Los miserables*, *Fortunata y Jacinta*, *Frankenstein*, Paula fue heroína, amante, madre, valiente. En esos mundos de papel encontró refugio, pasión, resistencia.

El último regalo de su abuela llegó envuelto en papel de estraza, con un lazo de cordel. Paula lo sostuvo entre las manos como quien sostiene un destino. Era *El conde de Montecristo*, y junto al libro, su última enseñanza:

—Paula, ve siempre hacia adelante. No tengas miedo. Escucha a tu corazón. Y, sobre todo, sé libre.

Aquella noche, su abuela murió. Y con ella, algo dentro de Paula se desmoronó. Con abuela María, Paula vivió otra vida en un mundo que solo habitaron ellas dos. Abuela María lo fue todo. Quizá por eso, al morir, Paula pasó de tener una vida a tener una existencia. Los muros de su fortaleza se derrumbaron y lo que le tocó fue sobrevivir al naufragio.

# CAPÍTULO 2

## *Mayo, 1931*

Tras la muerte de abuela María, fue Cristina, como siempre, quien extendió la mano y tiró de Paula para ponerla a resguardo, fuera del abismo. Desde niñas, había sido su brújula, la mano firme que la guiaba en la oscuridad. Cristina, con su risa franca y su energía incontenible.

Eran dos fuerzas opuestas que se complementaban. Si Paula se hundía en la pena, Cristina la sacudía, sin permitirle anclarse en el dolor. Si la muñeca de Paula perdía un brazo, Cristina la invitaba a jugar a la comba. Si Paula caía en la comba y la sangre manchaba su rodilla, Cristina le arreglaba la muñeca y le convencía de seguir jugando. Y así pasaron los años, entre las catástrofes de Paula y los rescates de Cristina, hasta convertir la infancia en pubertad, la pubertad en adolescencia y la adolescencia en juventud. Paula, muchas veces, se preguntaba qué le daba ella a su amiga a cambio. Cómo alguien tan resuelta podía permanecer a su lado, siendo ella un naufragio continuo. Quizás, pensaba, hay quien necesita a alguien que le salve y quien necesita salvar. Dos extremos de la cuerda en la polea del pozo: uno cae con el cubo, el otro tira hasta sacarlo.

Por qué su amistad era tan sólida, seguía siendo un misterio. Venían de mundos opuestos. Paula, hija de una familia católica,

monárquica y conservadora. Cristina, criada en un hogar republicano, ateo y combativo.

Siempre decía que había nacido con el puño en alto. Y, con los años, mientras Paula se desprendía poco a poco de las cadenas de su educación, Cristina se aferraba aún más a las suyas. Con lo cual, sus distancias, pese al corrimiento ideológico hacia la izquierda de ambas, seguía manteniéndose.

Nunca discutían de política porque Paula nunca entraba en la pelea. Cristina reprochaba; Paula callaba. Y ya se sabe: dos no discuten si una no quiere.

Pero su amistad no estaba cimentada en la ideología. Iba más allá. No hacía mucho se habían confesado mutuamente un secreto: estaban enamoradas de dos hermanos. Leocadio, el mayor, era el amor de Cristina; Hilario, el de Paula. Como en un juego de azar, el destino les había colocado frente a dos hombres que compartían la misma sangre. Cristina, como siempre, sin miedo alguno, se lanzó antes que su amiga. Leocadio entendió las intenciones y la correspondió con la misma intensidad. Paula, en cambio, como siempre, esperó, midió, temió. Hilario estaba allí, observándola del mismo modo en que ella lo observaba.

Y así, mientras Cristina y Leocadio construían sin esfuerzo una historia, Paula e Hilario trazaban la suya con silencios, gestos furtivos y un deseo contenido que, tarde o temprano, tenía que romperse.

# CAPÍTULO 3

## *Junio de 1931*

Un día de feria. Verbena al aire libre en la ermita del pueblo. Una orquesta que interpretaba casi las mismas canciones de todos los años. Una multitud que bailaba, que bebía, que charlaba y reía, que miraba y cotilleaba. Paula y él, sus amigas y sus amigos. Y Leo. Y Cristina, que ha ejercido de Celestina en los últimos días. Entre música, risas y ruido de fondo, una propuesta:

—Paula, ¿quieres que nos vayamos? —le susurró Hilario al oído, su voz apenas una caricia—. Tú y yo. Solos.

El mundo se detuvo. Aunque lo deseaba y lo esperaba, se puso tan nerviosa que todo lo que atinó a hacer fue asentir una sola vez con la cabeza. Como pensó que quizá él no había visto su gesto, le dio un «sí» tan débil que hasta ella apenas se oyó. Por lo que, imponiéndose a los escalofríos que le recorrían el cuerpo, levantó la mirada, le miró a los ojos y le dio un contundente: «Sí».

Y con esa palabra, todo cambió.

Dejaron las luces y el ruido a su espalda y, al momento, los engulló la espesura y el silencio de la dehesa. Cogidos de la mano, coronaron un pequeño montículo y descendieron su no menos pronunciada ladera. Y allí abajo se recogieron bajo el gran paraguas que les ofreció una vieja encina. Frente a frente. Una pausa que más que tranquilizar, provocó el efecto contrario.

Por un resquicio de su cobijo se colaba la luz de la luna para marcarle a él, aún más, las ya de por sí marcadas facciones que tenía: frente amplia y despejada, nariz recta, pómulos prominentes, labios perfilados. Con sus grandes y firmes manos en su cintura y con una mirada que buscaba complicidad, se inclinó lentamente hasta provocar que los labios se encontraran. Paula cerró los ojos y se abandonó a un mundo soñado, deseado. Sintió que no era ella, que había dejado de ser la hija obediente, la amiga reservada, la joven prudente. Se convirtió en un personaje de aquellas novelas que tanto amaba. En la amante que besa por primera vez, en la mujer que deja atrás el miedo. En la protagonista de su propio relato.

Tras el primer y largo beso abrieron los ojos, se miraron y, sin palabras, se dijeron: otra vez.

Envueltos por un cielo estrellado, Paula entendió que, por primera vez en su vida, había elegido algo solo para ella. Sin miedo, sin cálculo, sin permiso.

Desearlo y alcanzarlo. Eso era la felicidad.

Al día siguiente, sábado, el pueblo seguía de fiesta. Tres jóvenes que aparentaban la misma edad llegaron a casa de Paula. Cristina, la más osada del grupo, empujó con suavidad la hoja superior de la puerta, que permanecía entreabierta, y asomó la cabeza.

—¿Paula? —preguntó a un silente y desolado interior.

Desde un rincón en penumbra, una figura se levantó con desgana.

—Ah, hola, Balbina, dile a tu hermana que ya estamos aquí —dijo Cristina, al ver a la hermana mayor de Paula.

—Hola, Cristina. Hola, Felisa. Hola, Leandra. —Y volviendo la mirada hacia el interior, gritó—: ¡Paula! ¡Te están esperando!

—¡Voy! —respondió la voz desde las profundidades de la casa.

Unos pasos resonaron con fuerza, firmes, acompasados. Paula apareció ante ellas realizando una elegante reverencia. Cristina la miró con ojos astutos. Paula estaba distinta, y Cristina, que la conocía bien, supo que algo había cambiado.

—Vaya. Qué guapa te has puesto —dijo Balbina, recorriéndola con la mirada, de arriba abajo, y de abajo arriba.

—¿Os gusta? —preguntó Paula con una mezcla de timidez y coquetería—. Me lo ha hecho la tía Sara. Le trajeron unas telas nuevas, con mucha caída, y está aprendiendo a hacer patrones modernos. Me hubiera gustado que fuera un poco más corto, pero, en fin…

—¡Es precioso! ¡Me encanta! —dijeron descoordinadamente Cristina, Felisa y Leandra.

—Gracias. ¿Sabes si mamá va a subir a la feria? —preguntó Paula, desviando la mirada hacia Balbina.

—Creo que no. Papá ha dicho que no tenemos nada que celebrar. Ya sabes.

Paula suspiró. Su padre siempre encontraba una razón para desmarcarse de la alegría ajena.

—¿Y tú? ¿Vas a ir?

—No sé. Elías vendrá a buscarme luego, y, si quiero, puedo ir con él y sus amigos. Rosa no saldrá, porque están de luto, y Mercedes y Dorotea irán con sus padres. No sé qué hacer. Ya veré.

—Bueno, si te animas, búscanos. Nosotras estaremos por ahí.

—Vale. Que os lo paséis bien. Y cuidadito con el anís del Mono, que sube rápido «a la copa del árbol».

Las cuatro amigas, enlazadas del brazo, como si fueran manifestantes que reivindicaran su posición de jóvenes y guapas, doblaron la esquina de la casa y enfilaron calle arriba, en dirección al bullicio de la feria que esperaba en la plaza del pueblo.

—¿Hasta qué hora te dejan? —preguntó Leandra con cierta ansiedad.

—A las diez si voy sola o con mis hermanas. A las doce si vuelvo con Elías —respondió Paula, con resignación.

—Paula…, ya no somos niñas. Tienes que hablar con tu padre. O mejor, voy a hablar yo con él para que te deje un poco más —dijo Cristina, deteniéndose de golpe—. A mí ya me dejan hasta la una.

—Y a mí. Y a mí también —agregaron Felisa y Leandra.

—Como vayáis a decirle algo a mi padre, igual no me deja salir el resto de la feria.

—Pues mira, lo que deberías hacer hoy es llegar un poquito más tarde de la hora. Mañana un poquito más tarde que hoy. Y así hasta que termine la feria. Y que se vaya acostumbrando —dijo Cristina con picardía—. Y te digo una cosa: Leo me dijo ayer si hoy nos podíamos ir todos juntos de paseo fuera del pueblo. Que ellos no tienen ningún interés de estar en el baile.

Desde la lejanía, los chillidos de la gente en las atracciones se mezclaban con las carcajadas de los niños y el pregón incansable de los vendedores de turrón y frutos secos. El pueblo estaba de feria y eso se notaba en el ambiente.

—¡Madre mía! Cuánta gente —exclamó Cristina al entrar en la plaza—. ¿Cómo vamos a llegar al bar de Vitoriano?

Las cuatro amigas se tomaron de la mano y avanzaron, una tras otra, abriéndose paso entre la multitud entre perdones y «lo siento» hasta llegar a la puerta del local.

—Esperad aquí —indicó Cristina—. A ver si me ven y salen, porque ahí dentro no cabe ni un alfiler.

Para Paula, la espera pareció interminable. Su corazón latía acelerado, como si supiera lo que estaba a punto de suceder. Y en-

tonces, entre la marea de cuerpos en movimiento, emergió Cristina, seguida de los chicos: Leo, al que llevaba de la mano, luego Manuel, Vidal, Doroteo, Paulino… Y al final, él. Hilario.

La respiración de Paula se volvió un poco más corta, un poco más torpe. Apenas tuvo tiempo de esbozar una sonrisa antes de que Cristina decidiera:

—Hay que salir de aquí, esto es agobiante. —Tiró de Leo y, como en un efecto dominó, los demás la siguieron.

El destino quiso que Paula e Hilario quedaran atrás. Mientras los demás se alejaban, él se inclinó para acercar su boca al oído de Paula:

—Estás preciosa.

Un estremecimiento recorrió a Paula desde la nuca hasta la punta de los dedos. Giró apenas el rostro para mirarlo, sin palabras, y en ese instante dejó caer su mano, rezagada, en busca de la suya. Hilario comprendió el gesto. Sus dedos se buscaron a tientas, se encontraron y se enlazaron con suavidad.

El mundo siguió girando, la feria continuó con su algarabía, pero para Paula, el tiempo se comprimió en un segundo infinito. Cerró los ojos un instante, llenó su pecho de aire y dejó que la felicidad se dibujara en sus labios.

Cuando la multitud quedó atrás, las manos se soltaron. El cuerpo de Paula peleó por recomponerse tratando de transmitir cierta normalidad. Nadie notó la velocidad a la que su corazón palpitaba.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? —preguntó Cristina, tomando nuevamente el mando—. ¿Quién me va a comprar turrón?

—¿Turrón del bueno? —inquirió Leo, acercándose a ella con una sonrisa pícara.

—Del mejor —contestó Cristina, rozando su nariz con la de él.

—Si queréis —dijo Leo, volviéndose hacia el resto y viendo las sonrisas en sus caras tras la escena—, nosotros podemos ir a los

puestos, comprar algo y vosotras nos esperáis donde digáis. No sé, podemos ir a la ermita, o a la dehesa, o al arroyo… Donde digáis.

—En la ermita habrá mucha gente, allí está lo de los caballos. ¿Vamos al arroyo? Os esperamos en el puente y luego vemos, porque si hay gente por allí, habrá que buscar otro sitio —respondió Cristina.

—Venga, pues allí nos vemos en un rato. No corráis, que hay cola para comprar en los puestos.

Solamente, Cristina y Leo se despidieron con una caricia. Hilario no dijo nada. Solo miró a Paula con la intensidad de quien guarda un secreto. Y ella supo, sin necesidad de palabras, que la noche aún tenía más promesas que cumplir.

La temporada de lluvias prácticamente, salvo alguna tormenta inesperada, ya había terminado, por lo que los caminos que brotaban desde el pueblo como arterias, ya tendían una alfombra de un fino polvo que se pegaba a todo lo que tocaba. Los brillantes zapatos de fiesta de las chicas fueron sus primeras víctimas del día.

—¿Qué hora es? —preguntó Paula, con un atisbo de inquietud en la voz.

—Las ocho y media, van a ser —respondió Felisa tras consultar el minúsculo reloj dorado que adornaba su muñeca.

—¡Paula! —saltó Cristina, indignada—. No quiero que estés pendiente de la hora. Si hoy llegas tarde a casa, pues llegas tarde. ¿Qué va a hacer tu padre? ¿Matarte?

—No, pero igual ya no me deja salir los días que quedan de feria.

—Hoy es el día. Que te quiten lo bailao —sentenció Cristina alzando los brazos al cielo como si bailara una jota—. Además, Leo y su hermano solo tienen de fiesta mañana. Hoy han trabajado y el lunes vuelven al tajo. El puto patrón de los esquiladores se quiere hacer rico a costa de ellos. A ver si la

izquierda empieza a gobernar este país y terminamos con los caciques de esta tierra.

—Por lo menos ya hemos echado al rey —intervino Leandra con un deje de satisfacción.

—¡A la mierda! —soltó Cristina, encendida—. Toda la puñetera vida viviendo de nuestro sudor.

—Sí —asintió Felisa—. Viviendo con todo tipo de lujos. Ya veréis cómo este país va a cambiar a partir de ahora.

Paula, que caminaba en silencio, sin soltar prenda, de pronto, para no volver a quedarse descolgada en las conversaciones políticas, soltó un apático «No sé».

—¿Qué es lo que no sabes? —Cristina frenó en seco, fulminándola con la mirada—. Vamos, Paula, no me vengas con que no lo sabes. Ah, claro, ya entiendo. Que tu padre es de derechas y católico. Que vais siempre a misa a que os coman la cabeza con el cuento de Dios y los santos. ¿Tú has visto a Dios, Paula? Yo, no.

—Déjalo ya, Cristina —intercedió Leandra, con un tono conciliador—. Cada una piensa a su manera.

—¡No me da la gana! ¿Os creéis ricas? ¿Acaso sois las hijas del Román? Con sus tierras, sus tiendas, sus animales, sus tractores, sus casas, sus coches… Sois hijas de obreros. Y tú también, Paula. Aunque seas la hija del secretario del Ayuntamiento y nieta de un pequeño terrateniente. Cuando vuelva el que tú sabes, se lo dices. A ver qué te contesta.

—Yo no hablo con él de política.

—Pues hablarás, al tiempo. Ya te lo digo. Si le quieres, tendrás que quererle con todo, con su ideología también.

—Espero que la vida sea más sencilla —murmuró Paula, con la mirada perdida en sus desteñidos zapatos por el polvo del camino.

—Uy, sencilla, dice. —Cristina soltó una carcajada—. Ya nos gustaría a los trabajadores. Se llama lucha de clases. Y esa es eterna mientras haya ricos y pobres —hizo una pausa, evaluando a Paula con los ojos entrecerrados—. A ver, imagina que en las próximas elecciones puedes votar. Imagínatelo. Yo sé a quién vota tu padre. O a la Unión Monárquica o al Partido Católico Tradicionalista. Estoy segura de que a este último. Tu hermano ha votado al mismo partido que ha votado tu padre en las últimas elecciones. Ahora imagina que, en las próximas elecciones, tu madre y tu hermana Balbina también pueden votar. Ellas, como tu hermano, votarán a los que diga tu padre. Vamos, que ni siquiera van a saber a quién están votando. ¿Y tú? ¿Vas a seguir haciendo lo que dice tu padre? ¿Vas a consentir que te den el derecho al voto y no puedas decidir a quién votar?

—Me haces unas preguntas… Y yo qué sé —murmuró Paula.

—Eres carne de cañón, Paula. Cada día estoy más de acuerdo con Victoria Kent. ¿Sabéis quién es? —Al ver la confusión en los rostros de las demás, continuó—. Es una de las dos diputadas que han salido elegidas en las últimas elecciones. Ella y Clara Campoamor. Las primeras mujeres diputadas. Bueno, os resumo: Clara Campoamor defiende que la mujer tenga derecho al voto ya. Y Victoria Kent pide que este derecho se aplace. ¿Por qué? Porque cree que ahora mismo el voto de la mujer en España está muy condicionado por la Iglesia católica. Es decir, que son tantas las mujeres que van a misa que puede que su voto esté dirigido por los curas, y que eso pueda poner en riesgo la victoria de un gobierno republicano. Victoria piensa, y yo también lo creo, que la mujer en España aún no está preparada para votar en libertad y conciencia. Y, Paula, te miro y… me creo a Victoria Kent y comparto lo que propone.

—Vaya, ahora sabes tú mejor que yo lo que pasa por mi cabeza.

—No, no lo sé. Son sospechas, pero no me malinterpretes. No te estoy diciendo que votes a los que yo voto, ni mucho menos. Lo que te trato de decir es que votes libremente y en conciencia. Que nadie decida tu voto.

—Ya te he entendido. Y, por supuesto, que votaría a quien yo quisiera. Faltaría más. O también podría no votar. Esa es otra opción, ¿no?

—Madre mía, Paula. ¿Serías capaz de no votar? ¿Te darían un derecho tan importante como ese para las mujeres y tú lo despreciarías? ¿De verdad?

Paula desvió la mirada hacia el horizonte. Otra vez el debate político. Otra vez arrepintiéndose por haber entrado donde no tenía que haber entrado.

—Yo qué sé, Cris. Cuando llegue el momento, ya veré lo que hago.

*El día 1 de octubre de 1931, Clara Campoamor y Victoria Kent, las dos primeras mujeres diputadas en las Cortes, van a protagonizar un debate histórico: Clara Campoamor defiende, como triunfo de la Segunda República, el derecho inmediato de las mujeres a votar y Victoria Kent pide el aplazamiento de la concesión del voto a las mujeres, ya que, según ella, la Iglesia católica aún tiene mucha influencia en ellas y eso supone un peligro para la República. La moción defendida por Clara Campoamor se impone y, esa misma tarde, se aprueba la reforma del artículo 36 por el que se posibilita el sufragio femenino.*

Toda la tensión de la conversación se disipó con la proximidad del arroyo. Alcanzaron el puente y, apoyadas en uno de sus muros, observaron en silencio cómo el agua bajaba dando saltos por entre los riscos que guiaban su curso.

—¿Qué traigo aquí? —gritó Leo a lo lejos, levantando lo que parecía un paquete con entusiasmo.

—¡No me digas que es esa roca blanca y dulce de Castuera! ¡Ahhh! —chilló Cristina, a la vez que daba pequeños saltitos acompasados por infantiles palmadas.

Al poco de llegar los chicos al puente, todos bajaron por un pisoteado y estrecho sendero a la orilla del agua. Bajo la sombra de un álamo tomaron posiciones en un imperfecto corro alrededor de porciones de turrón, y cucuruchos de almendras garrapiñadas y otros frutos secos. Todos respetaron dos sitios: uno, al lado de Cristina para Leo, y otro, al lado de Paula para él. El sol fue modulando la luz del día a medida que se fue escondiendo. La tarde ya era historia y la noche un futuro incierto.

El sol comenzó a descender, tiñendo el cielo con su última luz. Comieron y rieron, compartiendo anécdotas, hilvanando recuerdos. Hablaron de amores y desamores, de danzas torpes y vestidos nuevos, de todo lo que hace que la vida del pueblo sea un ciclo repetido, pero siempre distinto.

Cuando la luz ya se apagaba, Leandra lanzó una invitación velada, y Felisa la amplió con una sonrisa:

—¿Nos vamos a la verbena? ¿Os venís?

—Nosotras nos quedamos un rato más. Luego os buscamos —respondió Cristina hablando también por alguien más que ella.

Al momento, y ya solos, a las dos parejas les envolvió el manto que propuso la noche: cientos de estrellas, fluir del agua, canto del grillo, croar de la rana. Un pájaro que más que agradar con su canto, parecía que pretendiera asustar al público presente. ¿Una lechuza quizá?

—Arriba —dijo Cristina, deslizándose del regazo de Leo. Se estiró y le tomó la mano—. Tortolitos, os dejamos solos un rato. Ahora volvemos.

—Aquí estaremos. No nos volvemos sin vosotros —respondió Hilario.

Cristina y Leo desaparecieron tras el puente, dejando a Paula e Hilario en su propio universo.

—¿Qué tal estás? —preguntó él, acariciándole la mejilla con la yema de los dedos.

—Bien. Ahora mucho mejor.

—Te quiero —le susurró, mirándola a los ojos.

—Y yo a ti más —respondió Paula, acercándose a él hasta que sus labios se encontraron.

El mundo se detuvo. El arroyo se aquietó, los grillos enmudecieron, las ranas callaron. La lechuza, desde su atalaya en la sombra, observó en silencio.

# CAPÍTULO 4

## *Último domingo de junio, 1931*

*Las elecciones del 28 de junio de 1931 dieron un triunfo rotundo a la Conjunción Republicano-Socialista. La derecha monárquica sufría un serio revés.*

Como cada domingo, los pasos de la familia resonaron sobre el empedrado con la puntualidad de un ritual. Paula, junto a sus padres y hermanos, subió la calle en el mismo desfile inmutable de siempre. Era día de misa. Misa de once. Día de lucir las mejores ropas.

Como cada domingo, tras meter los dedos, uno tras otro, en la pila del agua bendita, ocuparon en el templo el mismo banco, el tercero por la derecha, y orden para sentarse. Su padre al lado del pasillo. Su madre a la derecha del padre. A continuación, Juana, Balbina, Elías y ella, por este orden. De pie. Sentados. De rodillas. De pie, otra vez. La paz sea con nosotros. «La paz sea contigo», le dijo su padre al besarle la mejilla, y Paula se preguntó si realmente se la deseaba o si, en el fondo, lo que esperaba es que se la devolviera.

Como cada domingo, al terminar la ceremonia, Honorio permaneció un instante con la cabeza gacha, murmurando quién sabe qué plegarias. Su madre también inclinó la cabeza, aunque

sin mover los labios. Sus hermanas imitaron el gesto con devoción calculada. Elías, en cambio, mantuvo las manos en los bolsillos y los ojos abiertos. Paula, ajena a la solemnidad, solo esperó el momento en que su padre se persignara y diera por concluido el acto. Era la señal de que podían marcharse. Y así, con la misma cadencia con la que entraron, salieron.

Como cada domingo, a la salida, otra representación. Las dos, tres familias de siempre. Los hombres un apretón de manos y una ligera huida del grupo para hablar «en secreto» de «sus negocios». Las mujeres, dos besos y una conversación sin miedo de que pudiera ser escuchada. «¡Qué calor está haciendo ya!». «Parece que viene el frío». «Qué bien que ya haya dejado de llover».

«Es precioso tu vestido», «Y el tuyo, también». Sus hermanos también formaban su corrillo rutinario del domingo. Paula, autoapartada. Sola. Con ella misma. Observando, como cada domingo, el mismo ritual. Aquí también, cuando Honorio terminaba su coloquio, terminaba para todos. Daba igual que las conversaciones del resto estuvieran a medias. Para la profundidad que tenían, tampoco importaba. Terminada la representación semanal, cada actor abandonaba por su lado el escenario hasta el próximo domingo.

La familia retomó el camino a casa. Era el momento que Paula más esperaba. Por el que eligió con esmero su vestido, sus zapatos, su peinado. Todo por ese instante. Porque sabía que él estaría ahí.

Los bares se sucedían a lo largo del trayecto. A esa hora y ese día, estaban llenos de parroquianos que, entre tragos de vino y anís, discutían con verdadera pasión. Aquí no había silencios. Aquí se gritaban las verdades, se reían las desgracias, se resolvían los destinos del pueblo con un golpe de vaso sobre la mesa. Cada taberna era un refugio político, trincheras donde las ideologías se

mezclaban con el olor a tabaco y el calor de las discusiones. Pero la familia de Paula no se detenía en ninguna. No eran de bares. Eran de misas.

A escasos metros de la plaza, Paula sintió el latido en sus sienes. El segundo bar a la derecha. Primero, la fachada. Luego, la ventana abierta. Su campo de visión se estrechó y, en cuanto cruzó la mirada con él, todo lo demás desapareció. Un instante fugaz. Quiso congelarlo, pero sus pies siguieron avanzando, arrastrándola lejos de esa chispa efímera que iluminaba su domingo. Sonrió apenas, sintiendo cómo se elevaba por un momento. Luego, aterrizó, como un pañuelo de seda, suavemente en la realidad. Las miradas de sus hermanas fueron acompañadas de una descarada sonrisa. La de su padre, de una flecha envenenada.

Y así, como cada domingo, la escena se repitió. Puntual. Implacable.

Ya en casa, las mujeres se metieron en la cocina. Elías, el hermano de Paula, se ocultó en su habitación a no se sabía qué. Honorio, el padre, esperó sentado a la mesa, leyendo el diario *ABC* del día, que, como cada domingo, compró antes de entrar a la iglesia. La postura, erguida. La autoridad, intacta.

Aterrizó Paula los platos, los cubiertos y las servilletas en un lado de la mesa donde no molestaran. Entonces, vio la noticia en la portada. Y sin pensarlo, sin calcular, con provocación, preguntó:

—¿Ya podré votar en las próximas elecciones?

El periódico bajó lentamente, como un telón que descubriera una mirada acerada.

—¡¡Qué has dicho!? —La voz de Honorio cortó el aire como un hacha. El silencio se instaló en la casa, expandiéndose por cada habitación—. ¿Tú quieres votar? ¿A quién votarías? ¿A los que han montado este circo echando al rey? ¿Tú apoyas eso?

Dorotea, todavía con el delantal puesto, se asomó a la puerta con una prudencia temerosa.

—¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? Tu hija, que se nos ha vuelto republicana. Dice que si ya puede votar. ¡Lo que me faltaba por oír!

Paula sintió su pulso acelerarse, pero mantuvo el rostro sereno, procurando evitar que el miedo asomara en sus ojos. Su madre, en un intento de calmar las aguas, como siempre, la rescató de la tormenta:

—Anda, ven a coger el pan y los vasos.

Ya en la mesa, la tensión aún flotaba en el ambiente. Honorio, con su tono grave y pausado, lanzó su decreto:

—En esta familia somos católicos. Y si alguno de vosotros pretende meter al diablo en esta casa, que sepa que no le voy a dejar ni cruzar la puerta. Que se atenga a las consecuencias. Yo creí y sigo creyendo en don Alfonso, como mi padre creyó en su abuelo. Esto de la República es solo el invento de comunistas y socialistas para enriquecerse. De catalanes y vascos para separarse. De ateos para perseguirnos. Este país se va a convertir en un caos. Y, si no, al tiempo.

Hizo una pausa, como si necesitara recuperar el aliento o asegurarse de que sus palabras habían calado hondo.

—Quieren destruirnos —continuó, haciendo una pequeña pausa en cada frase, pretendiendo que los oyentes las digirieran—. Quieren vernos muertos. En este pueblo hay unos cuantos rojos, y algunos son de vuestra edad. Ya están metidos en política y quieren mandar en el Ayuntamiento. Sabéis quiénes son. Mucho ojo con acercaros a ellos. ¿Está claro?

Un silencio opresivo se instaló en la mesa. Elías y Juana apenas murmuraron un tímido «sí». Es todo lo que Honorio necesitaba.

Su mirada se deslizó sobre cada uno de ellos como una advertencia, un recordatorio de quién dictaba las reglas en esa casa. Luego, bajó la vista al plato, entrelazó los dedos y dijo:

—Bendice, Señor, estos alimentos que vamos a tomar. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

# CAPÍTULO 5

## *Diciembre, 1931*

El sargento Aurelio Martos Quesada era la máxima autoridad de la Guardia Civil en el pueblo. En la Casa Cuartel, su palabra era ley. Casado con María de los Ángeles Ruiz del Olmo y Álvarez de Vitoria, «Angelines» para las demás esposas de los guardias, su vida transcurrió dentro de un círculo cerrado, donde la disciplina y el linaje pesaban más que cualquier otra cosa. Angelines era hija del teniente coronel Higinio Ruiz del Olmo, en ese momento en la reserva y antaño asesor político en el Gobierno de Miguel Primo de Rivera. Aurelio y «Angelines» criaron a cinco hijos: tres varones y dos mujeres. Carlos, el segundo de los varones, siguió la tradición familiar. Era Guardia Civil, destinado en Úbeda, Córdoba. Su prometida, Magdalena, era hija de Román, el mayor terrateniente del pueblo, y de Marcelina, la verdadera heredera de las tierras que su esposo administraba.

Esa noche, la víspera de la Nochevieja de 1931, la Casa Cuartel era escenario de una celebración privada. Carlos y Magdalena habían organizado una cena para anunciar la fecha de su boda. Solo las familias de ambos estaban invitadas. Mientras las mujeres se afanaban en la cocina, los hombres ocupaban el salón, envueltos en el calor de la chimenea, el aroma de los habanos y la

densidad de las copas de vino. Enseguida, la conversación fluyó entre las últimas noticias políticas y sociales del país.

—¿Tú has estado en Castilblanco? —preguntó Román a su futuro consuegro.

—No —respondió Aurelio, removiendo el vino en su copa antes de darle un sorbo pausado—. De momento no quieren una presencia excesiva de guardias en el pueblo. Esperan que los ánimos se calmen. Pero nos han dicho que estemos preparados.

—Demasiada delicadeza con los comunistas —espetó Marcial, el hermano de Magdalena, con tono despectivo.

—Marcial… —le reprendió su padre con una mirada severa.

—Es verdad —intervino Aurelio—. Toda esta gentuza de izquierdas se ha venido arriba con la República. Si nadie les frena, harán lo que quieran.

—¿Por qué ha empezado lo de Castilblanco? —preguntó Román, con el ceño fruncido.

—Lo de siempre. Un sindicato convocó una manifestación de jornaleros. Ilegal, claro, sin pedir permiso. La Guardia Civil tuvo que disolverla. Hoy había otra, pero el alcalde la prohibió.

Según me informaron, no hubo problemas. Se disolvió, entre comillas, pacíficamente. Mañana hay otra reunión de sindicalistas y jornaleros. Ya veremos qué pasa —respondió Aurelio.

—A latigazo limpio los mandaba yo a esos a trabajar —recalcó Marcial.

—Y yo —añadió Carlos.

—Vamos a tener problemas, ya lo veréis —profetizó Román, sacudiendo la cabeza—. Si lo de Castilblanco se sale de madre, al día siguiente, el conflicto está aquí, en el pueblo. Y después, ya se harán dueños de todo.

—Mano dura hace falta —insistió Marcial.

—Si fuera tan fácil… —murmuró Aurelio.

—No lo es porque, los que tenemos el verdadero poder, no queremos —reafirmó Marcial.

Antes de que la conversación se volviera aún más tensa, Angelines apareció en la puerta del salón, con una sonrisa perfectamente ensayada.

—¿Ponemos ya la cena?

Tras la cena, entre brindis y conversaciones animadas, Carlos y Magdalena se pusieron en pie. Todos los ojos se volvieron hacia ellos.

—Familia —anunció Carlos, con Magdalena aferrada a su brazo—, queremos comunicaros que… ¡nos casamos!

Las copas chocaron entre sí. Se sucedieron besos, abrazos, felicitaciones. Se celebró la noticia con vino, anís y coñac hasta bien entrada la noche. La euforia creció poco a poco, alimentada por el alcohol y la satisfacción de una unión que garantizaba poder y estabilidad. En un momento dado, alguien entonó el himno «Plus Ultra». La melodía se extendió, se convirtió en un cántico colectivo. «Gloria, gloria, corona de la patria, soberana luz…». Detrás llegaron los vítores a España, al rey. Y de ahí, a desear la muerte a los enemigos de la patria: socialistas, comunistas, anarquistas, catalanes, vascos y a todos los republicanos en general.

Román, especialmente exultante, sonreía satisfecho. Su hija Magdalena, la primera de sus descendientes y la primera que formalizaba una relación, había superado con creces todas sus expectativas. No solo se casaría con el hijo del sargento de la Guardia Civil, sino con el nieto de don Higinio, un hombre con poder en Madrid. La boda era algo más que una unión. Era un trampolín. Una garantía de éxito. Un peldaño más en la escalera del poder.

*El 31 de diciembre de 1931, jornaleros del pueblo pacense de Castilblanco, cuando pretendían manifestarse frente al ayuntamiento del pueblo para pedir trabajo, tuvieron un duro enfrentamiento con los cuatro miembros de la Guardia Civil de la localidad que trataron de impedir su movilización. En medio de ese forcejeo, un disparo acabó con la vida de uno de los manifestantes, un vecino de Castilblanco. La multitud, más de quinientas personas, se abalanzó sobre los guardias con palos, piedras y cuchillos. El linchamiento al que se vieron sometidos los de la Benemérita terminó con los cuatro guardias asesinados.*

# CAPÍTULO 6

## *Agosto, 1932*

La boda de Carlos y Magdalena se celebró el sábado 13 de agosto de 1932. Fue un evento que desplegó poder y linaje. Altos cargos de la Guardia Civil, algunos políticos nostálgicos de la dictadura de Primo de Rivera, todos reunidos bajo el esplendor del Real Monasterio de Guadalupe. Tras la ceremonia, la comitiva regresó al pueblo natal de los novios, para celebrar el convite. Entre los invitados, Honorio y su familia. Paula no expresó mucho entusiasmo con el evento cuando sus padres le enseñaron la invitación que habían recibido por parte de la familia de la novia. Paula nunca tuvo relación con Magdalena, más allá de la estricta cortesía impuesta por sus familias.

Desde su llegada al evento, Paula sintió una mirada clavada en su espalda. No necesitó volverse para saber quién la observaba. Marcial. Su inquietud se acentuó cuando, en cada rincón del convite, en cada pausa entre risas y brindis, sus ojos se cruzaron con los de él.

Marcial, tres años mayor, fue en su infancia la obsesión de muchas niñas del pueblo. No por su atractivo, sino por su fortuna. Su familia, dueña de tierras y negocios, disfrutaba recordarse a sí misma su estatus a través de lo material: las fincas, la ropa, los coches, la casa. Todo en su vida era una declaración de riqueza, sin

ser ostentosa, pero sí lo suficientemente llamativa. Su educación, privilegiada. Profesores particulares, idiomas, piano. Y, aun así, su mayor éxito no fue académico, sino social. Era el chico que más ligaba en el colegio. Y Paula, la única que nunca cedió a sus intentos.

Cuando Marcial terminó la escuela en el pueblo, continuó sus estudios en Madrid. Se convirtió en abogado, se rodeó de hombres tan adinerados como él y, casi por inercia, terminó militando en la Unión Monárquica Nacional, el partido recién fundado por José Antonio Primo de Rivera. Cuando regresó al pueblo en el verano de 1930, su obsesión por Paula se volvió acoso. Forzaba encuentros, la esperaba en las esquinas, la seguía en cada paseo. Las cartas, tras su marcha, fueron insistentes, desesperadas. Paula jamás respondió. Y, como toda calentura que no se alimenta, un día Marcial dejó de escribir.

Pero ese día, en la boda de su hermana, la fiebre parece que regresó.

Tras la cena, el baile se apoderó de la plaza. Jotas, pasodobles, risas y alcohol se enredaron con la noche. Paula se mantuvo al margen, siempre cerca de sus hermanas, esquivando con destreza cualquier invitación al baile. Pero en el momento en que más había bajado la guardia, sintió una mano sobre su hombro.

—Hola —dijo la voz que temía escuchar.

—Hola, Marcial —contestó Balbina, quien se encontraba en esos momentos con su hermana y que es quien vio venir de frente al recién llegado.

—Hola, Balbina —respondió él con una sonrisa medida. Luego, giró para colocarse frente a Paula—. ¿Y tú? ¿Te has quedado muda?

—Hola —respondió ella, con la sequedad de quien quería cortar cualquier conversación antes de que empezara.